

Amistades intergeneracionales y feminismos afectados. Vínculos inesperados entre niñas y adultas en una organización política de Buenos Aires

Intergenerational friendships and affected feminism.
Unexpected links between girls and adults in a political organization from Buenos Aires.

Paūlah Nurit Shabel¹

Resumen

El objetivo del presente artículo es realizar un análisis del vínculo entre niñas y adultas del centro comunitario La Caldera a la luz de la categoría de amistad en clave feminista, en pos de desnaturalizar los formatos relacionales impuestos entre generaciones, que tienen como característica fundante la desigualdad jerárquica. Esta investigación etnográfica ha sido realizada durante 2020 en el seno de aquella organización política, que reunió en su accionar a adultas con niñas y adolescentes de distintas clases sociales. Los resultados del estudio de los registros de campo se presentan en tres ejes que permiten desglosar las características del afecto surgido intergeneracionalmente: en tanto forma de hacer lazo con la alteridad sin pretensiones de mismidad, en tanto forma de cuidado no paternalista y no unidireccional, y en tanto forma de pasar el tiempo conjuntamente sin una tarea específica, o sea, como pausa del tiempo productivo.

Palabras clave: amistad, niñez, feminismo, espacio comunitario, etnografía

¹ Dra. en Antropología por la Universidad de Buenos Aires y Magíster en Psicología del Conocimiento por FLACSO. Investigadora del CONICET, docente y militante social. Email: paulashabel@gmail.com

Abstract

The aim of this article is to analyse the relationship between girls and adults at the La Caldera community centre in the light of the category of friendship from a feminist perspective, in order to denaturalise the relational formats imposed between generations, which have hierarchical inequality as a fundamental characteristic. This ethnographic research was carried out during 2020 in the heart of that political organisation, which brought together adults with girls and adolescents from different social classes. The results of the study of the field records are presented along three axes that allow us to break down the characteristics of the affection that arose intergenerationally: as a form of bonding with otherness without pretensions of sameness, as a form of non-paternalistic and non-unidirectional care, and as a way of spending time together without a specific task, that is, as a pause in productive time.

Keywords: friendship, childhood, feminism, community centre, ethnography

Fecha de recepción: febrero 2024

Fecha de aprobación: enero 2025

Introducción

Lo inesperado es lo que hace posible la vida

Úrsula K. Le Guin

Las calles de la Ciudad de Buenos Aires están vacías por la disposición gubernamental de aislamiento. Es agosto de 2020 y el miedo circula por los cuerpos, que esquivan la enfermedad sin datos certeros, aún, sobre su forma de contagio. Son pocos los locales con permiso para abrir sus puertas, sólo los supermercados, las farmacias y los espacios comunitarios que dan comida y asistencia

básica al número creciente de vecinxs en necesidad. En uno de estos centros comunitarios conversan una mujer y una adolescente:

Helena: ¡Hola Nati! Llegaste un poco temprano, todavía no llegaron las otras chicas.

Nati: Es que estaba aburrida, ya quería venir.

Helena: Sí, creo que estamos todas hartas de estar en nuestras casas, yo también vine antes por eso. ¿Tenés algo para hacer de la escuela?

Nati: No, hoy no tengo tarea.

Helena: ¡Qué bueno, porque no quiero hacer nada hoy!

Nati: Yo tampoco, hace mucho frío.

Helena: Muchísimo. Y quiero que me cuentes cómo está tu novio. Hago té para las dos y conversamos.

Nati: Bueno, pero con galletitas.

(Registro de campo, Centro Comunitario La Caldera, agosto 2020)

Escenas como esta se multiplicaron durante el aislamiento en el centro comunitario La Caldera, que pasó de ser un espacio de actividades

pautadas y horarios regulares a un refugio afectivo en el que niñas y adultas se encontraban cuando podían y cuando lo necesitaban, más a hacerse mutua compañía que a desarrollar tal o cual propuesta pedagógica o lúdica. Fue en este contexto extraordinario de enfermedad y aislamiento en el que la necesidad dio vuelta muchas normas y en el que comencé a preguntarme por la forma que adquirirían las relaciones intergeneracionales en ese barrio porteño, en el que hago trabajo de campo hace ya una década.

Mientras que originalmente me dediqué a investigar antropológicamente sobre la acción política infantil, los modos de organización colectiva que las infancias se daban en estas experiencias comunitarias y los conocimientos que construían al respecto (Shabel, 2019), la pandemia llevó mi atención etnográfica a las emergencias –en todos los sentidos de la palabra- que se estaban produciendo, mientras las rutinas se hacían añicos y lo inesperado colmaba cada rincón. Allí se volvió notoria la transformación que se produjo en las maneras de comunicarse y de pasar el tiempo entre los grupos etarios que, hasta entonces, representaban roles más o menos estandarizados de un vínculo pedagógico en un espacio no escolar: por un lado las adultas organizando actividades y explicando cómo resolver ejercicios escolares; por el otro las niñas y adolescentes recibiendo educación, cuidado y propuestas lúdicas.

Por supuesto que en cada encuentro se negociaban sentidos y se tomaban decisiones colectivas, se tensionaban las planificaciones y se redefinían los marcos de la organización, pero los roles se habían mantenido estables en todos los años anteriores de investigación en el lugar. Hasta que la dinámica social impuesta por la pandemia produjo otra cosa.

Los registros recabados durante el 2020 dan cuenta de este cambio, que se deja ver en el fragmento que da comienzo al artículo, y a partir del cual surgieron ciertas preguntas como: ¿qué categorías tenemos para nombrar las relaciones intergeneracionales?, ¿qué historias tienen esas palabras?, ¿cómo hablamos de lo que excede los binomios docente-alumna, médica-paciente, madre-hija?, ¿cómo designamos lo que desborda las composiciones familiares que unen a los grupos de edad?, ¿podemos encontrarnos con otrxs generacionales sin una tarea específica, sólo por el placer del encuentro?

Con estas preguntas rondando las ideas, es que planteo como objetivo del presente artículo realizar un análisis etnográfico del vínculo entre niñas y adultas del centro comunitario La Caldera a la luz de la categoría de amistad desde los feminismos, en pos de desnaturalizar los mandatos relacionales impuestos entre generaciones en las sociedades occidentales. Para ello, lxs invito a que revisemos conceptualmente dos aristas: primero, aquello que los estudios de las infancias y las

generaciones han dicho sobre los vínculos entre niñez y adultez , exponiendo su normatividad y criticando su desigualdad (Qvortrup, 1993; Rabello de Castro, 2020; Szulc et al., 2023) y, segundo, aquello que las teorías de género y feministas han escrito sobre los afectos como locus de la política, cuestionando las formas de la proximidad existentes entre los géneros y las generaciones y proponiendo otras que subvierten el orden del poder (Halberstam, 2005; Macón, 2013; Cvetkovich, 2018; Nijelsohn, 2019; flores, 2021b).

Luego de unas coordenadas espacio-temporales del trabajo de campo y ciertos apuntes metodológicos, nos adentraremos en el análisis de la categoría de amistad para los vínculos intergeneracionales en La Caldera a partir de tres ejes recuperados de autorxs feministxs: la amistad como forma de hacer lazo con la alteridad, como forma de cuidado no paternalista y como forma de pasar el tiempo conjuntamente sin una tarea, o sea, como pausa del tiempo productivo. Hacia el final, esbozamos unas conclusiones sobre la posibilidad de profundizar la acción feminista en clave intergeneracional como una forma de resistir al avance de las derechas radicales en nuestros contextos latinoamericanos.

Las Relaciones Intergeneracionales Como Objeto de Estudio

Desde el Campo de la Niñez

Hace décadas que la antropología de la infancia ha explicado el proceso moderno de cronologización de la vida humana como su división en etapas discretas y sucesivas, que normaliza ciertos modos de ser en la niñez –así como en la adultez y en la vejez- estableciendo lo esperable y lo despreciable en cada momento, según estándares universalizantes (Qvortrup, 1993; Rabello de Castro, 2020). Esta matriz evolutiva, que continúa impregnando los discursos etarios, ha ubicado a las infancias contemporáneas en el lugar de sujetos de derecho que son, sin embargo, apolíticos (Liebel, 2020), asexuales (Anastasia, 2019), e incapaces para comprender y tomar decisiones en general (Jenks, 1996). Estas conceptualizaciones, que se performatean en prácticas cotidianas, configuran un sistema de opresiones por edad, donde el adultocentrismo o adultismo (Rodríguez Pascual, 2010; Magistris y Morales, 2021) nombra las desigualdades sufridas por las personas consideradas pre-adultas (Kropff, 2010), sean niñxs pequeñxs, adolescentes y hasta jóvenes acusadxs de estar aún en preparación para llegar a ser su versión acabada y definitiva de lo humano, que debería ser la adultez².

² Es en este marco conceptual y en este contexto situacional específico que utilizamos las categorías de niñas y adolescentes indistintamente, unificadas bajo

Si traemos estas reflexiones al campo de lo que Feixa (1996) denomina la antropología del ciclo vital y las relaciones intergeneracionales, la lente se abre hacia nuevos problemas porque, además de pensar en los efectos que aquellos mecanismos de opresión tienen sobre las infancias, nos invita a interrogarnos acerca de las marcas que deja sobre los propios vínculos entre las clases de edad. Sostenidas por la perspectiva relacional de los estudios de infancia –que indican que al explicar una etapa de la vida también lo hacen con las demás y cómo se organiza el ciclo vital general en cada comunidad (Chaves, 2005; Paz Landeira, Frasco Zuker y Llober, 2023; Szulc et al., 2023)- nos lanzamos hacia la pregunta por los formatos vinculares etarios normativizados y practicados en el espacio comunitario de La Caldera y en nuestro propio imaginario político.

Muchas publicaciones en el campo de la infancia han utilizado la categoría de generación entendida desde lo genealógico o en tanto cohortes de edad a partir de las cuales se asignan identidades colectivas a ciertos grupos a partir de una práctica o un evento histórico (Kropff, 2010). Desde esta perspectiva, con la que se ha escrito mucha etnografía, suelen analizarse las dinámicas que se producen entre viejas y nuevas

el sentido de lo que aún no es la adultez y en contraposición a las personas adultas que organizaban las actividades en La Caldera para ellas.

generaciones, o novatxs y expertxs en correlación con la edad, haciendo énfasis en las continuidades y rupturas que estos grupos etarios producen en sus prácticas (Padawer; 2010; Mead, 2019). Otra línea bibliográfica del campo, estudia las relaciones intergeneracionales como una forma de hablar de los vínculos entre clases de edad organizadas en estructuras que posicionan a ciertos grupos por sobre otros, en una distribución desigual de poder entre las generaciones desde su posición de clasificación etaria (Feixa, 1996), a partir de lo cual suele quedar en evidencia la compulsión a la competencia y a la hostilidad a la que son empujadas las generaciones de niñxs/jóvenes y adultxs a la hora de entablar vínculos entre sí en las sociedades occidentales (Manheim, 1993; Bourdieu, 1990; Qvortrup, 1993).

Siguiendo con este enfoque, muchas investigaciones se han preocupado por dar cuenta del proceso histórico en el que la desigualdad etaria se constituyó como otro pilar fundamental de la expansión del capital, haciendo que ciertas relaciones entre adultez y niñez se vuelvan obligatorias –como las de familia nuclear por filiación- y otras inimaginables –como las amistosas. Son los estudios decoloniales de niñez (Nandy, 1984; Liebel, 2020) los que han señalado con rigor que fue en el proceso de expansión capitalista y conquista transatlántica que lxs niñxs pasaron a ser patrimonio del jefe del hogar –como las mujeres con el matrimonio-

privadxs de la posibilidad de tomar decisiones y de forjar vínculos intergeneracionales más allá de los familiares (y luego de los escolares).

Centradxs en el proceso de privatización originaria de tierras y de cuerpos que se llevó a cabo en Europa, Aries (1987) y Zelizer (2004) estudiaron el sentido y valor que adquirió la infancia en el nuevo sistema capitalista, poniendo el foco en las emociones que se asociaron a esta etapa de la vida, las cuales constituyeron lo que es posible sentir desde la adultez hacia la niñez, regulando las formas de proximidad inter-etaria a partir de entonces. Estxs autorxs, entre otrxs, dan cuenta de la separación de la infancia del mundo adulto y su invaluable lugar en la sociedad que la ubicó, sin embargo, en el lugar de objeto de protección familiar, sin valor propio más que por ser la promesa del futuro que la sociedad y la familia adulta esperan –lo que es a su vez el valor más importante del capital. Podemos decir que, desde allí, los vínculos intergeneracionales están establecidos desde la jerarquía y el paternalismo, que borra de la infancia toda huella de agencia y crea un abismo entre ella y la adultez, quien sólo podrá entablar un lazo con la infancia a partir de la crianza, la protección y la educación en una unidireccionalidad sujeto-a-objeto. A su vez, esta distancia abismal fomenta la ilusión de que personas adultas y niñas no comparten las mismas dimensiones de la vida social y que, sobre todo, no deberían hacerlo (Szulc, et al., 2023).

Por suerte, las investigaciones etnográficas realizadas dentro y fuera de Europa han demostrado que, más allá de aquel modelo normativo, son múltiples las relaciones que entablan niñxs y adultxs en sus comunidades. Particularmente, nos interesa recuperar aquí aquellas que, estudiando comunidades indígenas de América Latina, han descrito patrones de relaciones intergeneracionales que desbordan los mandatos occidentales en un hacer-con entre los grupos etarios que, sin romantizar, nos permite ampliar nuestro horizonte de posibilidades (Tassinari, 2015; Torres Velázquez, 2019). Estas producciones describen entramados etarios menos binarios, en los que lxs niñxs son consideradxs sujetos plenos y actuantes en las dinámicas cotidianas, con roles relevantes en términos religiosos, políticos o en tanto informantes o mediadorxs. Sin pretender replicar esos escenarios particulares, este tipo de etnografía nos ha formado en aproximaciones diversas a la niñez y nos ha hecho reflexionar sobre modos de entrar en relación con la infancia más allá de la familia nuclear y la escuela.

También traemos hacia este marco conceptual los estudios sociales de participación y protagonismo de la niñez, que vienen cuestionando el paternalismo en las relaciones intergeneracionales y proponiendo otros enfoques para abordarlas. Encontramos aquí desde perspectivas basadas en los derechos que hablan de la necesidad de

“inventar nuevas formas de solidaridad y cooperación entre generaciones” (Gutiérrez y Hernández, 2013, p. 136), hasta trabajos que se ubican en el paradigma del protagonismo de la infancia con una crítica a los marcos legales que reproducen las lógicas adultistas y trabajan en contra de quienes se supone que defienden (Liebel, 2020). Desde estas posturas se plantea “refundar la relación niñx-adultx, es decir, el modo general en que concebimos la invitación a las nuevas generaciones a la vida” (Magistris y Morales, 2021, p. 41), lo que se traduce en montar organizaciones sociales y políticas donde la infancia sea protagonista y las decisiones se tomen en colectivos intergeneracionales. Derivadas de estas posiciones, nos paramos sobre trabajos propios y ajenos que han postulado la categoría de compañerismo para nombrar lo que sucede en las organizaciones entre niñxs y adultxs (Gentile, 2011; Magistris y Morales, 2021; Shabel y Montenegro, 2023), así como de alianzas multiedades (Leavy et al., 2023). Estos términos nos traen al borde de lo pensable para estas dos clases de edad, como es la posibilidad de una amistad, que no ha tenido asidero en las reflexiones intergeneracionales, pero que sí ha sido una figura de alianza relevante para los movimientos y las teorías feministas.

Desde las Teorías de Género y Feministas

Cuando las investigaciones de esta área cuestionaron los modelos relacionales impuestos sobre los géneros, nos permitieron desnaturalizar a

la familia como eje articulador de todos los demás lazos sociales y nos extendieron una invitación a imaginar otros modos de conectar cuerpos y de establecer roles sociales, también en términos generacionales. Tanto es así que, en *Calibán y la bruja* (2015), Federici da cuenta del momento histórico en el que se gestó el imperativo europeo de separación y jerarquización de los varones sobre las mujeres a la vez que de lxs adultxs por sobre lxs niñxs, exportado a las colonias en pos del proceso civilizatorio:

Apoyados por el gobernador de Nueva Francia, los jesuitas lograron convencer a los Naskapi de que ellos propusieran algunos jefes y llamaran al orden a “sus” mujeres (...). La mayor victoria de los jesuitas fue, sin embargo, la de persuadir a los Naskapi de que golpearan a sus hijos, creyendo que el excesivo cariño de los “salvajes” por sus hijos era el principal obstáculo para su cristianización (2015, p. 200).

La autora explica que estos pueblos fueron enseñados a subsumir a lxs niñxs y luego a las mujeres, reconfigurando los lazos sociales de la manera más cruel y, más adelante, cita a un nativo Naskapi hablándole a un jesuita del siguiente modo: “Ustedes los franceses aman sólo a sus hijos; pero nosotros amamos a todos los hijos de nuestra tribu” (2015, p. 199). En estas palabras es posible rastrear el entramado que volvió

obligatoria la familia nuclear en las colonias, coartando otras relaciones existentes entre grupos de edad y creando en ella una jerarquía sobre las relaciones de género y generación, al servicio de la productividad capitalista.

Otra línea bibliográfica que nos permite ubicar a las relaciones intergeneracionales como objeto de estudio, es aquella conocida como la del giro afectivo en ciencias sociales, que ha puesto el foco de las investigaciones en la dimensión relacional, emocional y corporal de los fenómenos humanos: “Sociales, inestables, dinámicos, paradójicos, los afectos así presentados constituyen una lógica capaz de dar cuenta del lazo social” (Macón, 2013, p. 10), en tanto aquello que articula las experiencia con otrxs es a la vez cuerpo y mente, acción y pasión, pasivo y activo. Este abordaje resulta especialmente útil a la hora de indagar en las formas de proximidad y distancia que establecemos con otrxs humanxs y no humanxs y los tipos de proximidad que nos damos a partir de lo que es incentivado y prohibido sentir hacia esxs otrxs. Así, la compasión hacia la infancia regula mucho de lo que nos es posible en el estar-con y en el hacer-con ella porque ubica a lxs niñxs siempre en una posición sufriente, de necesidad y vulnerabilidad frente a una adultez que es llamada a ofrecerse en su ayuda como ser superior, carente de fragilidad y por ello en la obligación de indicarle cómo vivir (Edelman, 2014; Berlant, 1997).

De la mano de las teorías queer/cuir (Saxe, 2021), el abordaje afectivo nos hace ver las huellas que dejaron los costosos procesos de clasificación y separación de ciertos cuerpos de ciertas formas y hace, a la vez, un llamamiento a cuestionar dichas escisiones y a unir de formas inesperadas aquello que ha sido cruelmente separado: “La esperanza de la política queer es que acercarnos más a otros y otras, a quienes se nos ha prohibido acercarnos, también podría daros maneras distintas de vivir con otras personas” (Ahmed, 2015, p. 254). Esto se manifiesta en una variada gama de conceptualizaciones sobre prácticas de hacer comunidad entre quienes no se supone que lo hagan, como una desobediencia afectiva que, en los marcos de este artículo, ponemos a trabajar contra el adultocentrismo, en pos de entender cómo el sistema ha distribuido los grupos humanos por edades de un modo que produce dolor y desigualdad, para así burlar esas normas y hacer uniones insólitas que eludan la violencia impuesta sobre el ciclo vital.

En este sentido, recuperamos de Haraway (2021) la apelación a una política feminista a formar parentescos raros, como una forma de torcer el sentido de lo familiar, correrlo de las relaciones *dadas* de filiación y consanguineidad hacia otras *producidas* en el hacer y, así, extender su alcance hacia otras personas, animales y cosas que se nos vuelven cercanas y con las que podemos establecer relaciones de cooperación

desde las cuales cubrir nuestras necesidades y excederlas en bienestar y cariño mutuo. También retomamos los apuntes de Halberstam (2005) que propone una comunión de grupos etarios a través del tiempo para “liberarse del modelo vincular intergeneracional que asume el conflicto y la ansiedad de la influencia” (2015, p. 180), entre lo pasado de moda y la vanguardia. Este autor utiliza el concepto de Freeman de “temporal drag” para quebrar el tiempo lineal que le exige al mundo cultural y artístico que cada nueva generación supere a la anterior, estableciendo, al contrario, una alianza entre varias de ellas, multiplicando las posibilidades de todxs lxs involucradxs de sentirse a la par en un presente múltiple.

También desde los juegos intergeneracionales, flores (2021) y Shabel (2024) nos invita a pensar en la amistad como un afecto que viaja entre el pasado y el presente, produciendo una interferencia temporal sobre el mandato de competencia y superación entre lo viejo y lo nuevo, para enlazar desde la intimidad distintas generaciones de las comunidades lésbicas argentinas del último siglo. Pero más allá de los escenarios específicos, la amistad es una figura vincular que ha adquirido especial importancia en las teorías y políticas feministas como una forma de estar-con sin paternalismos y sin un requerimiento de obediencia ni de mismidad. O sea, que esta forma de hacer lazo requiere de la alteridad para darse y se sostiene en un plano de horizontalidad, aunque todo lo

demás ubique a las partes en posiciones desiguales. Así lo entiende Nijelsohn (2019) para los feminismos que, siguiendo a Derridá y su *Poética de la amistad* (1998), sólo se articulan en la diferencia y el conflicto, en la posibilidad de sostener la tensión y el desacuerdo para que lo que viene –en el vínculo y en la política- sea siempre abierto.

Además, la amistad nombra una forma de entrega que elude las promesas de incondicionalidad y que logra desde allí una potencia de sostén hacia lxs otrxs, volviendo vivibles vidas quebradas y haciendo de ese sostén una acción política. Así lo retrata Cvetkovich (2018) al escribir sobre las prácticas de cuidado de lesbianas hacia homosexuales durante la pandemia del VIH que, entre el activismo organizado y limpiarle el baño a cada amigo enfermo, nos brindan una versión antirromántica de las relaciones afectivas entabladas al calor de la infección, en la que hay lugar para el hartazgo y el asco, a la vez que se renueva la decisión política y amorosa de permanecer en proximidad.

Muchas de estas emociones y situaciones nos remiten directamente al campo de investigación en La Caldera, como organización política donde hubo tensión y conflicto en los meses más duros del COVID-19, a la vez que hubo deseo de acompañamiento, agitación política y alegría en el estar-con intergeneracional. Sin embargo, la literatura sobre la amistad no ahonda en interrogantes intergeneracionales y los feminismos

se han dedicado más a pensar las rupturas y los cambios que traen los grupos más jóvenes que a indagar en las potencialidades vinculares que se abren en esos encuentros a través de las edades:

Pero mientras la crítica relativista y feminista hace tiempo que ha hecho mella en la consideración de la diversidad cultural, la crítica generacional no ha conseguido todavía deconstruir los estereotipos predominantes sobre los grupos de edad subalternos, percibidos a menudo como preparación al -o como regresión del- modelo adulto (Feixa, 1996, p. 15).

De modo que, luego de unos apuntes contextuales y metodológicos de la investigación, nos proponemos llevar adelante este cruce conceptual entre estudios etarios y políticas de la amistad desde el barrio donde habitan La Caldera y las casas tomadas.

Tiempo, espacio y método de la investigación

Como cada lunes y jueves, las adultas de La Caldera hacen su recorrido por las casas tomadas del barrio. Llevan la comida comprada con donaciones y la depositan en el salón común de cada uno de los edificios que conocen hace años. Una vez hecha la descarga, con los barbijos puestos y el alcohol en gel a mano, les avisan por chat a las adolescentes para que bajen de sus habitaciones y las ayuden a acomodar la mercadería, armando bolsones equivalentes para todas las familias con lo

que hay: un poco menos de fruta se compensa con más arroz y quienes tienen bebés reciben leche, pero no atún. Una vez concluida la matemática de la escasez, las adolescentes, que son las que viven en esas casas y conocen a sus habitantes, convocan a todxs ellxs para empezar el reparto, que hacen las adultas mientras las otras vuelven a sus cuartos con el bolsón que les corresponde. (Diario de campo, casa tomada, julio 2020)

El trabajo de campo de esta investigación fue realizado en los marcos de las acciones de La Caldera, la organización barrial que reunía a adultas y niñas hacía más de diez años en un céntrico barrio de La Ciudad de Buenos Aires, donde trabajo como etnógrafa también hace casi diez años (Shabel, 2019). Este centro comunitario comenzó siendo un espacio de apoyo escolar gratuito para lxs vecinxs y se fue transformando en una organización política de niñez y un centro donde transcurre gran parte de la vida de esas infancias (Shabel y Montenegro, 2023). Antes de la pandemia, muchxs niñxs acudían allí a estudiar para la escuela, a hacer las actividades recreativas ofrecidas por el lugar, pero también a conversar y prepararse para las manifestaciones a las que solían concurrir, incentivadas por las adultas de la organización para que terminen la escuela y para que se comprometan políticamente, en particular con las acciones y las luchas del movimiento feminista.

Hasta 2020, el grupo estaba compuesto por 20 adultas y 50 niñas y jóvenes de variados géneros, pero nos concentramos en esta investigación en las 6 adultas (de entre 25 y 34 años) y las 10 niñas y adolescentes (de entre 10 y 17 años) que –sin planificarlo ni acordarlo– realizaron una actividad intensiva durante la pandemia, a diferencia del resto que mermó su participación debido a las circunstancias. Si bien estuvieron restringidas las actividades de La Caldera durante las medidas de aislamiento decretadas por la epidemia, se sostuvieron algunas de sus propuestas e incluyeron nuevas, como juntar donaciones y repartir bolsones de comida a las familias de lxs niñas que asistían al espacio comunitario.

Mientras que las adultas de la organización pertenecen a una clase social más alta y provienen de distintos barrios de la ciudad, las niñas y adolescentes que asistían al espacio viven en casas tomadas en las proximidades del centro comunitario y en esta investigación trabajamos principalmente con dos de estos edificios ocupados: uno, en el que viven 30 familias y, otro, en el que son 50. Cada grupo de crianza, que va entre los 3 y los 8 miembros, habita un pequeño cuarto que hace de habitación, cocina y baño. Si bien algunos tienen un poco más de recursos que otros y una de las casas está en mejores condiciones edilicias que otra, en general la situación es de hacinamiento y pobreza.

Lara (13), Mariana (15), Nati (17), Yesi (10) y Estefi (13)³ viven en casas tomadas desde muy pequeñas con sus xadres, hermanxs y otras personas con quienes comparten las responsabilidades del mantenimiento del inmueble y una historia de luchas por el acceso a una vivienda digna. Casi todas ellas llegaron a la ciudad de pequeñas: una es de Perú, una de Bolivia, una del norte argentino, otra de la periferia porteña y sólo una nació allí, aunque también ella está racializada en sus rasgos y su forma de vida. Durante la pandemia los cortes de agua y el amontonamiento hicieron muy difíciles las medidas sanitarias más básicas, mientras que la suspensión de la atención presencial de las oficinas gubernamentales dejó a merced de las voluntades individuales de trabajadoras estatales, docentes y de la militancia social la atención y el cuidado de ellas y sus familias. En este caso, fue su participación en La Caldera –que variaba entre los 2 y 8 años de antigüedad- lo que hizo llegar asistencia a los edificios ocupados, abandonados por la política pública durante la pandemia.

Helena (25), Leticia (31), Noelia (27) y Federica (33) son blancas, profesionales y viven como inquilinas en casas que comparten con una, dos o ninguna persona. Hasta la pandemia, entendían su participación en

³ Tanto los nombres de las personas como de la organización han sido modificados para mantener el anonimato de sus protagonistas.

La caldera –que variaba entre los 3 y 12 años de antigüedad- como activismo político en el campo de la educación popular (Shabel y Montenegro, 2023) y lo que intentamos mostrar en estas páginas es la transformación del vínculo intergeneracional que desbordó cualquier binomio educadorx-educandx para darle lugar a lo inesperado, que nombramos como amistad. Dicha transformación fue registrada gracias al abordaje etnográfico, seleccionado por su capacidad de documentar lo no documentado de la realidad social (Rockwell, 2009), especialmente pertinente en el caso de objetos de investigación tan sutiles, como son los vínculos intergeneracionales.

La antropología de la infancia tiene ya una importante trayectoria en afinar este método para captar las interacciones entre y hacia el interior de los grupos de edad (Tassinari, 2015; Szulc et al., 2023), tanto en aquello que se dice como en aquello que se calla y en los afectos que eso genera en los cuerpos de quienes se involucran (Gómez Ruiz, 2013). La técnica de recolección de datos principal fue la observación participante (Jociles Rubio, 1999), aunque también utilizamos la etnografía digital (Hine, 2004), tomando los chats entre adultas y niñas como espacio fundamental en la vida cotidiana de todas ellas. La variada gama de herramientas que habilita el abordaje etnográfico nos dio la flexibilidad necesaria para hacer investigación en un contexto tan extremo como fue el de la pandemia,

permitiéndonos realizar este trabajo entre abril y noviembre del 2020, como parte de una pesquisa que lleva ya diez años –y aún continúa- con las infancias y adolescencias de aquellas casas tomadas (Shabel y Montenegro, 2023). Es esta cualidad longitudinal de la disciplina la que permitió poner el ojo en la novedad vincular que se estaba dando entre las adultas y las niñas, además de escuchar en ocasiones que ellas mismas comenzaron a nombrarse como amigas, algo que no había sucedido hasta entonces y que pasamos a analizar en su composición en el próximo apartado.

El *Rancho* Intergeneracional Como Amistad

Leticia: -Hace tres días que te estamos buscando Mariana

Mariana: -Ya sé, es que no quería hablar con nadie

Leticia: -Con nadie no, porque en algún lugar estabas y ya me imagino con quién. No puedo creer que no me avisaste ni me contestaste los mensajes. Te quiero matar

Mariana: -Te estoy avisando ahora, no me jodas. Por favor no le digas a nadie donde estoy, estoy bien, no te preocupes

Leticia: -Me parece que te estás equivocando Mari

Mariana: -Me voy a quedar acá unos días más. Te aviso cuando vuelvo

Leticia: -Dale, si necesitan algo avisame y te llevo

Mariana: -Gracias, estamos bien, un beso

(diario de campo, Centro Comunitario La Caldera, julio 2020)

Meses después, ya más entrado el verano, cuando algunas restricciones se habían levantado, Mariana seguía buscando la forma de no estar en su casa y organizaron con Clara para que vaya una noche a dormir a la suya. Esto nos contó de aquella velada:

Vinieron Mari y Lari, las dos necesitaban salir de sus casas y a mí me venía bárbara su compañía porque el aislamiento me había dejado al borde de la depresión. Comimos algo porque estaban muertas de hambre cuando llegaron, jugamos al Uno un rato largo, también estaba mi pareja que se sumó e hicimos torneo. Me mostraron una serie en Netflix que a ellas dos les encanta pero a mí me pareció aburrida, así que no la vimos mucho [se ríe]. A la nohecita Lara se fue porque tenía que cuidar a su hermanito y Mariana se quedó, estaba fascinada con todo el glitter que tengo en casa y jugamos a maquillarnos mientras charlábamos de su situación familiar. Creo que la ayudó a estar un poco menos angustiada, como en general cuando charlás con cualquier amiga de lo que te pasa.

Pero no es que resolvimos algo en particular. Después nos dio sueño y nos fuimos a dormir (diario de campo, Centro Comunitario La Caldera, noviembre 2020)

Estos registros dan cuenta de la particularidad del vínculo emergido entre los diferentes grupos etarios, que se eligieron durante la pandemia para compartirse temores, necesidades y, también, tiempo placentero, más allá de los roles pedagógicos que habían tenido en la organización La Caldera hasta entonces. En plena pandemia, ningún marco de obligatoriedad sostuvo la ligazón intergeneracional, pero ambas partes siguieron buscándose para eludir la escasez y conseguir algo de bienestar conjunto.

Sin embargo, tal como muestra la primera parte del fragmento de campo, este lazo no fue armonioso, no careció de conflictos porque estaba hecho de partes diferentes, que no solo sostuvieron sino que necesitaron de esa diferencia para que el lazo exista como tal. Esto quiere decir –en primer lugar según nuestro marco teórico- que la amistad es un vínculo con la alteridad, en el que “La apertura a la diferencia y al cambio (al porvenir, a aquello que está por venir) será constitutiva” (Nijelsohn, 2019, p. 144). Si bien ninguna autora analiza la alteridad etaria en esta figura, sus reflexiones nos son útiles para nombrar una amistad que, en los marcos del feminismo, trabaje por la pluralidad de puntos de vista sin pretender

una síntesis, lo que en sociedades adultocéntricas como la nuestra suele significar que se hace lo que la persona adulta manda y la niña obedece. Asimismo, en sociedades clasistas como la nuestra, suele significar que quien tiene los recursos económicos manda mientras el resto obedece.

Derrida en quien Nijelsohn se referencia para desarrollar su llamamiento a la amistad feminista de la diferencia, describe en esta figura vincular a “aliados heterogéneos, co-afirmados, confirmados quizá en una noche absoluta. Gozo extático pero sin plenitud, comunión de desarraigo absoluto” (Derrida, 1998, p. 72). Así, desde la lengua de la otredad en la que habla la amistad, Leticia y Mariana se buscaron y se enojaron, se cansaron de la otra y se volvieron a buscar, sabiendo que no es la similitud lo que encontrarán en la otra, no es la obediencia ni lo que les gustaría escuchar, sino una alegría de saberse juntas en el desacuerdo y de ofrecerse desde lo que tienen y desean compartir.

Cuando Nijelsohn escriben sobre la amistad, la ubica por fuera de los vínculos de la fraternidad masculina de proximidad entre iguales, aquella amistad de los hombres modernos que la entendían armónica porque relacionaba a quienes ya se parecían y que se ubicaban incluso dentro o como una extensión de la propia familia. Ella dice que, mientras los fráteres “son lxs semejantes, lxs iguales entre iguales” (Nijelsohn, 2019, p. 143), la amistad es un trabajo artesanal de juntar aquello que no se

supone que debería estar junto, como es exactamente la niñez y la adultez por fuera de los lazos familiares. En este sentido, la filósofa apunta contra la fraternización como modelo de amistad androcéntrico de la semejanza y la estabilidad, un lazo posible de ser pensado solamente entre ciudadanos que ya pertenecen a un mismo grupo, donde lo común está dado desde un imperativo y no hace falta de ser elaborado en cada caso.

Esta es una idea similar a lo que Haraway (2020) nombra como parentescos raros entre especies que deben aprender a comunicarse y colaborar desde lo que cada una puede y necesita y es, justamente, esa diferencia la que vuelve posible la construcción de un refugio común frente a tanta destrucción que hay en el mundo. Haraway también trabaja sobre la figura de compañía y el estar-con desde la diferencia y hasta el conflicto de intereses, pero a la vez el saber que este mundo nos pone en situación de vivir y morir con otrxs y que entrar en comunicación con esxs otrxs puede hacer estas vidas más amables. Influidas por sus conceptualizaciones ya trabajamos en otro lado la noción de compañías intergeneracionales (Magistris y Morales, 2021; Shabel y Montenegro, 2023), que nos trajo a la reflexión la figura de amistad:

Noelia: ¿Cómo va todo por acá?

Estefi: Bien... ahí andamos.

Noelia: ¿Qué pasó?

Estefi: Nada.

Noelia: Dale, ¿qué pasa? No parece que estuviera todo bien.

[Estefi se encoje los hombros en un gesto de no sé y no me importa].

Noelia: ¿Querés que charlemos un rato?

[Estefi repite el gesto de los hombros y su cara se arruga en una mueca inconteniblemente angustiada].

Noelia: Salgamos a dar un paseo, así charlamos tranqui, ¿dale?⁴

Estefi: Bueno, pero andá a decirle vos a mi mamá porque si no, no me va a dejar.

Noelia pide permiso y se alegra cuando las dejan salir juntas. Van con Estefi a sentarse a la plaza que queda cerca y se compran un pedazo de torta para merendar mientras conversan. Noelia –contaría después- se muere de ganas de acompañar la escena con un mate, pero a Estefi –como a la mayoría de las adolescentes- no le gusta. El intercambio es de palabras y abrazos, las dos están muy angustiadas por las situaciones a las que las llevó la pandemia y el

⁴ “Charlamos tranqui” es un modo informal de decir “conversamos con tranquilidad”.

asilamiento, se aguantan el llanto y lo rematan con chistes. A la hora vuelven a la casa, se saludan y se despiden hasta la semana que viene, que Noelia volverá con los bolsones de comida para repartir en las habitaciones del edificio tomado y aprovecharán con Estefi para hacerse de un rato íntimo entre las dos. Ya en la puerta, a solas, Noelia me dice: “menos mal que hacemos esto con las pibas, me salva de la locura verlas” (diario de campo, casa tomada, septiembre de 2020).

Este repertorio conversacional se repetía cada semana entre las distintas adultas y adolescentes que habían llegado hasta esas casas tomadas en la contingencia de trayectorias completamente discímiles, pero que se elegían en complicidad de un modo que desbordaba la tarea asistencial o pedagógica con la que su vínculo había comenzado. Más allá de repartir los alimentos y hacer la tarea, volver a verse se manifestaba en el alivio de sus cuerpos, en la alegría de sus rostros y en las prácticas de cuidado que se gestaron en el nuevo contexto pandémico, que en su excepcionalidad, suspendió los roles socialmente asignados y le dio lugar a lo inesperado, que en esta situación específica adquirió una forma menos jerárquica y menos paternalista en el reconocimiento del bienestar mutuo que producían los encuentros.

Para estudiar esta modificación relacional, en segundo lugar, traemos a Cvetkovich que, como dijimos anteriormente, escribió mucho sobre los cuidados durante la pandemia del VIH y describe las “extrañas intimidades” que se dieron en esas prácticas de sostén material y emocional hacia quienes estaban infectados, que no recayeron en familiares ni amantes, sino en amigas. Esta figura del lazo social le permite a la autora, así como a nosotras en nuestro campo, dar cuenta de una entrega hacia la otra persona sin condiciones ni exigencias futuras. Si bien no es una promesa de incondicionalidad –porque no es una promesa en absoluto-, la amistad es una presencia en un presente que pone a disposición lo que se tiene declinando de la obediencia como contraparte de la entrega. La posibilidad de nombrar aquello que sucedió en La Caldera como amistad produce, así, una interrupción al paternalismo con el que se han configurado las relaciones intergeneracionales –y de clase- y que se refuerza permanentemente en las nociones de cuidado unidireccional.

La amistad se presenta, entonces, como una relación que ubica a las personas en situación de cuidado sin sujeción. Es en este sentido que el vínculo escapa de la lógica del compromiso y el favor, desconociendo el imperativo de la deuda en el dar(se), lo que aparece desarmado una y otra vez en el archivo de Cvetkovich que “rechaza cualquier sentimiento fácil de

gratificación o autosatisfacción” (2015, p. 293). Al contrario, amigxs son quienes se eligen para hacerse compañía mutua también “en los aspectos materiales, y a menudo desagradables, del cuidado” (2015, p. 293), en una insurgencia contra el cálculo de cada gesto humano, y por ello nos convoca para reflexionar sobre los vínculos entre grupos de edad sin que unas generaciones se vuelvan deudoras de otras, sino compinches en la práctica de sobrevivir una pandemia.

Esto quiere decir que la igualdad entre las partes en una amistad se da porque ninguna de ellas está midiendo lo que da para cobrar en el futuro su contraparte, lo que ha sido especialmente difícil en las relaciones con la infancia porque ella es siempre una promesa de lo que vendrá y un depósito de expectativas sociales imposibles de lograr (Edelman, 2014). Es por esto mismo que creemos que la amistad como figura vincular puede ayudarnos a quebrar las lógicas adultocéntricas en los encuentros entre personas adultas y niñas, algo que ya apuntó desde la poscolonialidad Nandy (1983) en su propuesta de vivir en mutualidad con la infancia y desplegar una interdependencia etaria que rompa la cronología lineal en la que, primero, lxs adultxs cuidan a sus hijxs y, luego, esxs hijxs cuidan de sus mayores.

En un tono similar, podemos retomar la noción de alianzas multitudes (Leavy et al., 2023), que da cuenta de cómo el cuidado circula

entre los grupos etarios, que se necesitan para resolver determinadas situaciones porque cada parte puede hacer algo que la otra no, que en nuestro campo resulta en un intercambio de cuidados y compañía. Pero es Cvetkovich la que ubica esta potencia de mutualidad en el marco de la militancia, como acción política organizada, que habilita una intimidad específica entre quienes son parte. La autora nombra “la energía afectiva del activismo (...) un activismo estructurado en torno a la intensidad de la amistad” (2015, p. 292) y genera una relación entre amistad-cuidados-activismo, que nos permite entender algo de lo que sucedió en La caldera entre niñas y adultas, porque aquellas tres cosas comenzaron a suceder a la vez cuando el virus llegó al barrio:

Subo al quinto piso del edificio donde toca repartir hoy. El lugar es inmenso y en cada rincón suena el reggetaón a todo volumen. Las letras hablan de la playa y el sol, pero acá hace un frío tremendo y las escaleras apenas tienen luz. Al fin llego arriba de todo, siguiendo a Federica, que me dijo que iba a presentarme a unxs niñxs que tenía que entrevistar para la investigación. Cuando atravieso la puerta de la habitación está ella parada sobre una silla con cara de pánico y Yesi matando unas cucarachas en la habitación. Me ven entrar y Federica se ríe mientras Yesi me saluda y me dice “es una miedosa esta”. Nos sentamos las tres a la mesita

ubicada en el centro de la habitación, entre las camas, el baño y la cocina. Yesi ofrece jugo, pero le decimos que no. Ella se para y busca en un estante los esmaltes de uña. Los pone sobre la mesa y nos indica con la mirada que están disponibles para que nosotras también los usemos y yo me sumo a la actividad aunque Federica no. Yesi nos explica que “hay que aprovechar ahora que no están mis hermanitos molestando” e inaugura así una conversación entre ellas sobre lo difícil que es ser hermanas mayores. En algún momento van al pasillo para que Federica pueda fumar, aunque Yesi la regaña y le insiste –por vez número mil- en que deje el cigarrillo, tal como se lo había prometido a lxs chicxs de la casa un par de años atrás. “No hay que mentirle a los amigos” le dice y Federica se ríe y le da un abrazo. (diario de campo, casa tomada, septiembre 2020)

Podemos decir que Federica iba asiduamente a esa casa tomada a cumplir sus tareas de activista, que eran tareas de cuidado, y que ellas estaban inundadas de una forma de cariño que, al mismo tiempo, excedían y hacían de fundamento al activismo y al cuidado. A esa forma de cariño le llamamos amistad, como una relación basada en el goce de la mutua compañía y no en el deber o en el cálculo, como acabamos de argumentar.

Abandonados los mandatos intergeneracionales y pasando al tercer punto de análisis, es posible hablar de un encuentro improductivo entre

grupos de edad, que no tiene como objetivo el cuidado o la educación –aunque pueden acontecer-, sino el placer de estar-con esa otra generación. Tanto Halberstam (2005) como flores (2021) insisten en el descanso y la pausa, en “perder el tiempo” como una resistencia fundamental contra los imperativos vinculares a los que nos somete el capital. Ellxs insisten en desviar el tiempo lineal del desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación de riqueza hacia actividades no redituables, como hacer amigxs con quienes nos dijeron que no se podía y disfrutar con ellxs una conversación.

Este tiempo desviado, por anti-productivo, es –otra vez- especialmente difícil entre generaciones porque este sistema le exige a lxs adultxs estar siempre enseñándole algo a lxs niñxs cuando están en su presencia –pues son la promesa de futuro-, además de practicando un cuidado que reclama continuidad sin variación (Magistris y Morales, 2021). Y no se trata de dejar de cuidar ni de enseñar, sino de dar cuenta de que ambas acciones están presentes en formatos vinculares no paternalistas, como la amistad, en la que podemos apoyarnos para reinventar las relaciones intergeneracionales, tanto en el universo conceptual como en el de la política cotidiana.

Por eso, volvemos al primer fragmento de campo citado en el artículo, aquel en el que Helena y Nati convierten una situación de tarea

escolar en un encuentro improductivo, sin otro objetivo que pasar juntas el rato, y burlan en unos segundos los mandatos que rigen sobre las formas de proximidad entre los grupos etarios, no para negar la función pedagógica, sino para suspenderla por un rato. La amistad intergeneracional nos permite pensar esa suspensión inesperada entre las adolescentes y las adultas de La Caldera y ocupar un tipo de relación circunscripta a los grupos intra-generacionales, cuando no únicamente a la adultez.

Valeriano (2019), que se distancia de la amistad para hablar de la práctica política, utiliza la palabra *segundear* para nombrar una cercanía antiautoritaria entre grupos de edades en las ásperas realidades que nos toca vivir en nuestro país: “Segundear es superar la piedad y el miedo. Ni ortibarse, ni conmovearse, ni asistir. Ni maestro, ni corazón abnegado, ni militante, papá garrón o mamá luchona (...) Se segundea porque no quedó otra, por puro impulso, porque pegamos onda, porque es la única manera de estar vivos” (Valeriano, 2019, p. 78). Con este mismo espíritu, pero en diálogo con la experiencia comunitaria que analizamos, cerramos este apartado proponiendo entender dicha amistad como un *rancheo* intergeneracional, en tanto concepto que nos arrima a una comprensión más acabada del campo.

En la jerga porteña juvenil –que se escucha en La Caldera-, lo contrario de la productividad es el *rancheo*, la juntada a no hacer nada, a pasar el rato. Acá, en el sur del sur, el rancho es el lunfardo para decir casa u hogar, y también es la palabra que se utiliza para denominar al grupo de afines con quienes alguien se encuentra para conversar, tomar unos mates o unas cervezas, escuchar música, pintarse las uñas o quedarse en silencio. *Ranchear* es pasar el tiempo juntxs sin más objetivo que ese estar-con y por eso habla de aquello que sucedió entre niñas y adultas en La Caldera y, quizás, de muchas otras comunidades que despliegan sus vínculos a la sombra del canon adultista.

Discusión: Feminismos Intergeneracionales en Tiempos Oscuros

En este artículo hemos analizado el afecto surgido entre las adolescentes y adultas de la organización política La Caldera a la luz de la categoría de amistad. Gracias al enfoque etnográfico, hemos podido registrar los sutiles –pero significativos- cambios que produjo la pandemia en sus formas de hacer encuentro, en lo extraordinario que trajo consigo aquella circunstancia. Alineada con los interrogantes vinculares abiertos en el campo de la infancia, esta investigación se inclina hacia el feminismo desde sus interpelaciones afectivas y capta de allí ciertas aristas –conceptuales y materiales- de este lazo político que nos sirven para hablar de lo que pasó en aquel centro comunitario durante la pandemia.

Así, la amistad nos permite nombrar una proximidad desde la alteridad, con diferencia y conflicto, tal como lo registran los intercambios entre Leticia y Mariana, que se enojan y se vuelven a buscar para aminorarse mutuamente las tristezas. En desde la diferencia que se siguen encontrando en el centro comunitarios las adolescentes y adultas, ambas atraídas por el intercambio con lo que no son y no tienen. Y es allí donde se da el segundo punto de este análisis, que es la amistad como un cuidado sin obediencia, como una apuesta antiautoritaria en el darse y en el recibir, una circulación de emociones y bienes que les quita por un rato la angustia a las adultas, como dijo Noelia, y que provee de alimentos y de intimidad a las más jóvenes, otorgándole a todas a la vez un goce que desborda tanto el cuidado como la militancia como las necesidades pedagógicas. Así, llegamos al tercer punto de estudio, que es la amistad como placer de compartirse intergeneracionalmente, en un tiempo de pausa de toda actividad redituable o apuntada al desarrollo de las fuerzas productivas, lo que produce a la vez una pausa en los roles etarios pre-assignados a cada grupo etario. Una pijamada, una merienda con galletitas, un rato de conversación en la plaza o de pintarse las uñas en la casa se vuelven escenas suspensivas del deber ser y hacer, como umbrales hacia otros modos de enlazarse con otrxs.

Lejos de pretender generar un nuevo mandato político o de evaluar la calidad del vínculo en este o cualquier otro caso, esta figura nos permite cuestionar las normas impuestas por el adultismo sobre las relaciones que establecemos con la otredad generacional, en diálogo con el trabajo que los feminismos han hecho sobre las relaciones entre los géneros y hacia el interior de ellos al colocar a los afectos como eje de interrogación. En tiempos difíciles, como han sido las pandemias en todos los tiempos y como es hoy el avance de las derechas radicales en nuestra región, los movimientos políticos tienen (tenemos) el desafío de profundizar las tendencias democratizantes y antiautoritarias en cada dimensión de la vida social. En este sentido, los vínculos feministas a los que nos invita Ahmed (2015) –sea en clave de amistad, compañerismo u otra- son una apuesta plausible de extenderse hacia todos los lados de la línea generacional y así sumar alianzas hacia la ampliación de derechos y la distribución de la riqueza, que sigue siendo el horizonte común de este y muchos otros movimientos políticos.

Referencias bibliográficas

- Ahmed, Sara (2015): *La política cultura de las emociones*. México: Universidad Autónoma de México.
- Anastasía González, Pilar (2019): Erotización infantil y gramáticas afectivas: discursos sobre la infancia en la era 2.0 en Argentina. *Sexualidad, Salud y Sociedad (Rio de Janeiro)*, No. 8, p.101-118.

- Ariès, Philippe (1987): *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Buenos Aires: Taurus.
- Berlant, Lauren (1997): *The queen of America goes to Washington city. Essays on sex and citizenship*. Durham & London: Duke University Press.
- Bourdieu, P. (1990): La juventud no es más que una palabra. *Sociología y cultura*, 7(2), p. 163-173.
- Chaves, Mariana (2005): Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. *Última década*, 13(23), p. 09-32.
- Cvetkovich, Ann (2018): *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Derrida, Jacques (1998): *Políticas de la amistad seguido de El oído de Heidegger*, Madrid: Editorial Trotta
- Edelman, Lee (2014): *No al futuro. La teoría queer y la pulsión de muerte*. Madrid: Egales.
- Federicci, Silvia (2015): *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires: Tinta limón.
- Feixa, Carles (1996): Antropología de las edades, en Prat y Martínez (eds), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*, p. 319-335. Barcelona: Editorial Ariel.
- flores, val (2021): *Romper el corazón del mundo. Modos fugitivos de hacer teoría*. La libre editora y Con tinta me tienes.
- Gentile, María Florencia (2011): "Niños, ciudadanos y compañeritos: un recorrido por los distintos criterios para el trabajo de inclusión social de niños y adolescentes de sectores vulnerables", en Cosse, Llobet, Villalta y Zapiola (comps), *Infancias: políticas y saberes en Argentina y Brasil (siglos XIX y XX)*, p. 265-286. Buenos Aires: Teseo.
- Gómez Ruíz, Silvia (2013): "Sí, me he sentido triste, pero no se lo puedo decir": la reflexividad etnográfica en la investigación sobre emociones de La muerte con niños y niñas de sumapaz en contexto de (pos) conflicto. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, No. 16, p. 137-156.
- Gutiérrez, Marta y Hernández, Daniel (2013): Las relaciones intergeneracionales en la sociedad actual: un imperativo

- necesario. *Educación Social: Revista de Intervención Socioeducativa*, No. 55, p. 135-145.
- Halberstam, Jackes (2005): *In a queer time and place: Transgender bodies, subcultural lives*. New York: NYU press.
- Haraway, Donna (2020): *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, Editorial Consonni, Buenos Aires.
- Hine, Christine (2004): *Virtual Ethnography*. Barcelona: UOC
- Jenks, Chris (1996): *Childhood*. London: Routledge.
- Jociles Rubio, Isabel (1999): Observación participante y distancia antropológica. *Revista de dialectología y tradiciones populares*, No. 54(2), p. 1-21.
- Kropff, Laura (2010): Apuntes conceptuales para una antropología de la edad. *Avá*, No. 16, p. 1-18.
- Ladeira, Paz; Zuker, Laura y Llobet, Valeria (2023). Infancia y cuidado. Reflexiones críticas desde perspectivas relacionales, *Desidades*, No. 35(11), p. 79-94.
- Leavy, Pía; Morano, Luisina; Shabel, Paūlah; García Palacios, Mariana y Romano Shananah, Lucía (2023): ¿De qué hablan los feminismos con les niñes? Diálogos e interferencias entre dos campos de teorías y activismos, en: Szulc; A. Guemureman, S.; García Palacios, M. y A. Colangelo (comps.): *Niñez Plural. Desafíos para repensar las infancias contemporáneas*. P. 87-95. Buenos Aires: Editorial El Colectivo.
- Liebel, Manfred (2020): *Infancias dignas o cómo descolonizarse*. Buenos Aires: El colectivo
- Macón, Cecilia (2013): Sentimos ergo sumus: el surgimiento del “giro afectivo” y su impacto sobre la filosofía política. *Revista Latinoamericana de Filosofía Política*, No. 8, p. 1-32.
- Magistris, Gabriela y Morales, Santiago (2021): *Educar hasta la ternura siempre. Del adultocentrismo al protagonismo de las niñeces*. Editoriales Chirimbote y Ternura Revelde.
- Manheim, Karl (1993): “El problema de las generaciones”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas REIS*, No. 62, p. 195-242.
- Mead, Margaret (2019): *Cultura y Compromiso: estudios sobre la ruptura generacional*. Barcelona: Editorial Gedisa.

- Nandy, Ashis (1984): Reconstructing childhood: A critique of the ideology of adulthood. *Alternatives*, No. 10(3), p. 359-375.
- Nijelnsohn, Malena (2019): *La razón feminista: Políticas de la calle, pluralismo y articulación*. Buenos Aires: Las cuarenta.
- Padawer, Ana (2010): Tiempo de estudiar, tiempo de trabajar: la conceptualización de la infancia y la participación de los niños en la vida productiva como experiencia formativa. *Horizontes antropológicos*, No. 16, p. 349-375
- Qvortrup, Jens (1993): Nine Theses about "Childhood as a Social Phenomenon", en *Childhood as a Social Phenomenon: Lessons from an International Project, Eurosocial Report 47/1993*, p. 45-65
Vienna: European Center for Social Welfare Training and Research.
- Rabello de Castro, Lucia (2020): Why global? Children and childhood from a decolonial perspective. *Childhood*, No. 27(1), p. 48-62.
- Rockwell, Elsie (2009). *La experiencia etnográfica*. Paidós.
- Rodríguez Pascual, Iván (2010): E-Generaciones:¿ Cuánto hay de Adultocéntrico en el Análisis de la Relación entre la Población Infantil y las Nuevas Tecnologías?. *Psychosocial Intervention*, No. 19(1), p. 9-18.
- Saxe, Facundo (2021). *Disidencias sexuales: Un sistema geoplanetario de disturbios sexo- subversivos-anales-contra-vitales*. Buenos Aires: Ediciones UNGS.
- Shabel, Paūlah (2019). "Porque nos daba bronca". Las emociones en la acción política de niños/as en una casa tomada, *Revista de Antropología Social de la Universidad Complutense*; No. 28, p. 117-135
- Shabel, Paūlah y Montenegro, Hebe (2023). 'Asamblea de Niñas': Exploring the bonds between children's participation and the feminist movement in Buenos Aires, *A New Handbook of Children and Young People's Participation: Conversations for Transformational Change*, Lancashire: Routledge.
- Shabel, Paūlah (2024). Intergenerational present. Unexpected proximity against the adultist temporality, *TABOO The Journal of Culture and Education*, No. 22, p. 214-226
- Szulc, Andrea; Guemureman, Silvia; García Palacios, Mariana y Colángelo, Adelaida (2023): *Niñez Plural. Desafíos para repensar las infancias contemporáneas*. Buenos Aires: Editorial el Colectivo.

Revista Punto Género N.º 22, diciembre de 2024

ISSN 2735-7473 / 413-454

<https://doi.org/10.5354/2735-7473.2024.77321>

- Tassinari, Andrea (2015): Produzindo corpos ativos: a aprendizagem de crianças indígenas e agricultoras através da participação nas atividades produtivas familiares. *Horizontes Antropológicos*, No. 21, p. 141-172.
- Torres Velázquez, Eliud (2019): Participación infantil en la Costa de Chiapas durante el desastre por terremoto nocturno del 7 de septiembre del 2017 y en la reconstrucción con bibliotecas. *Sociedad e Infancias*, No. 3, p. 83-113.
- Valeriano, Diego (2019): *Eduqué a mi hija para una invasión zombie*. Buenos Aires: Red Editorial.
- Zelizer, Viviana (2004): *Pricing the priceless child: The changing social value of children*. NY: Princeton University Press.